

Y sin moverse vuelve al estado primordial.

El que conoce su gloria y sigue siendo humilde, será el valle donde se erigirá el Universo.

Siendo el valle donde se erige el Universo, posee la eterna virtud y regresa nuevamente a lo informal.

Lo informal al dispersarse produce todas las formas.

Es por eso que el sabio, siendo señor de los vasallos, preside el imperio en su conjunto y no se ocupa de detalles.

XXIX

Si un hombre quiere darle forma al mundo, modelarlo a su capricho, difícilmente lo conseguirá.

El mundo es un jarro sagrado que no se puede manipular ni retocar.

Quien trata de hacerlo, lo deforma.

Quien lo aferra, lo pierde.³

Por eso el sabio no intenta modelarlo, luego no lo deforma.

No lo aferra, luego no lo pierde.⁴

Hay quienes marchan adelante, hay quienes marchan atrás.

Hay quienes permanecen callados, hay quienes hablan.

Algunos son fuertes, otros débiles.

Algunos medran, otros perecen.

Luego el sabio rechaza el exceso, la extravagancia y la propia complacencia.

PREDICACION DEL BUDA

El grano de mostaza

Un opulento mercader afligióse tan hondamente al ver un día que todas sus monedas y barras de oro se habían convertido de la noche a la mañana en carbón, que se metió en cama sin querer probar alimento, pues prefería la muerte a la indigencia.

y la modestia (Yin) residen en el hombre consciente de su poder (Yang), éste se vuelve el cauce del mundo (imperio), puesto que ocupa el lugar intermediario donde actúa la ley del cielo.

Concepciones similares encontramos en Wang Pi: *Saber servirse de la oscuridad (Yin) y convertirla en claridad (Yang) produce la blancura más tersa.*

³ Querer adquirir la perfección de acuerdo a un modelo racional, como hacían los letrados confucianos, es precisamente lo aludido con el manejo tan delicado del "jarro sagrado". A propósito de este texto — aparentemente político — hay que destacar que en sentido esotérico se refiere al autodomínio como en el I Ching cuando se habla del hombre superior.

⁴ Wang Pi dice: *Las cosas deben desarrollarse de acuerdo con su propia naturaleza, sin ser forzadas jamás.*

Enterado un amigo de que estaba enfermo, fué a visitarle e hizo que le relatara la causa de su pena y una vez oída, le dijo el amigo:

— Se te ha convertido el oro en carbón porque no empleaste bien tus riquezas. El oro avaramente amontonado no valía más que el carbón. Pero escucha un consejo. Extiende tus tapices en el bazar, pon encima el carbón y véndelo.

El mercader siguió el consejo de su amigo, y cuando los vecinos le preguntaban que por qué vendía carbón, respondía:

— Es lo único que poseo.

Tiempo después, una joven huérfana y pobre, llamada Krisha Gotami, pasó por el bazar del mercado, y le preguntó:

— Señor mío; ¿también vendes esos montones de oro?

El mercader repuso:

— ¿De qué oro hablas? ¿Dónde está?

Krisha Gotami tomó unos cuantos pedazos de carbón que a la vista del mercader se transmutaron en oro.

El mercader infirió de ello que Krisha Gotami poseía clarividencia mental, y la casó con su hijo, diciendo entre sí: “Para muchas gentes no vale el oro más que el carbón; mas Krisha Gotami transmuta el carbón en oro.”

Krisha Gotami tuvo un hijo y se le murió. Transida de dolor iba con el hijo muerto de casa en casa pidiendo un remedio, y las gentes decían: “Se le ha trastornado el juicio. El niño está muerto.”

Al fin Krisha Gotami encontró un campesino que respondió a su súplica diciendo:

— No puedo darte un remedio para el niño; pero sé de un médico capaz de dártelo.

Y Krisha Gotami repuso:

— Te conjuro a que me digas quién es.

El campesino respondió:

— Ve a ver el Buda.

Krisha Gotami fué a ver al Señor Buda y exclamó llorando:

— Señor mío y maestro: Mi hijo, jugueteando entre las flores, tropezó con una serpiente que se le enroscó en la muñeca. Muy luego palideció silencioso.

No podía yo figurarme por qué dejaba de jugar ni por qué se desprendían sus labios de mi seno.

Señor mío y Maestro, dame el remedio que cure a mi hijo.
El señor Buda le respondió:

— Sí, hermanita, hay una cosa que desde luego podría curar al niño y también a ti si logras encontrarla, porque los que consultan con los médicos, toman lo que les recetan.

Así, pues, busca una tola de semilla de mostaza negra, pero te la han de dar en una casa donde nunca haya entrado la muerte, donde no haya muerto ni padre ni madre ni hijo ni hija ni hermano ni hermana ni esclavo ni pariente.

La afligida Krisha Gotami fué de casa en casa pidiendo el grano de mostaza. Las gentes se compadecían de ella y se lo daban, pero cuando ella preguntaba si había muerto alguien en aquella casa le respondían:

— ¡Ay! pocos son los vivos y muchos los muertos. No despiertes nuestro dolor.

Entonces, dándoles las gracias, les devolvía la mostaza y se iba, dirigiéndose a otros que le decían:

— Aquí está la semilla; pero se ha muerto nuestro esclavo.

— Aquí está la semilla; pero el sembrador murió entre la estación lluviosa y la cosecha.

Y no encontró casa donde no hubiese muerto alguien.
Volvió Krisha Gotami quejosa al Señor Buda diciéndole:

— ¡Ah! Señor, no pude encontrar mostaza en casa donde nadie hubiera muerto. Así es que cabe las vides silvestres, a orillas del río, dejé a mi hijo que no quería mamar ni sonreír, y he aquí que vuelvo a verte el rostro, a besarte los pies, a suplicarte que me digas dónde encontrar la semilla sin encontrar al mismo tiempo la muerte, por si a pesar de todo no ha muerto mi hijo como me lo dijeron y como temo.

El Maestro respondió:

— Hermana mía, buscando lo que nadie puede encontrar, hallaste el amargo bálsamo que quería darte.

Sobre tu seno durmió ayer el sueño de la muerte el sér que amas. Ahora, ya sabes que el ancho mundo llora un dolor semejante al tuyo. El sufrimiento que aflige a todos los corazones es menos pesado para uno solo.

¡Escucha! Derramaría yo mi sangre si al derramarla pudiera detener tus lágrimas y descubrir el secreto de que el amor cause angustia y que a través de floridas praderas conduzca al sacrificio como conducen sus amos a estas bestias mudas. Ningún nacido puede evitar la muerte. Así como los frutos maduros caen del árbol, así los mortales están expuestos desde que nacen a la muerte. La vida corporal del hombre acaba por romperse como vasija de alfarero. Jóvenes y adultos, necios y sabios, todos están sujetos a la muerte.

Pero no se conturba el sabio que conoce la ley, porque ni por el llanto ni por el desconsuelo se logra la paz del ánimo, sino que por el contrario se avivan el dolor

y los sufrimientos del cuerpo. La muerte no hace caso de lamentos.
Muere el hombre y su destino está determinado por sus acciones. Que viva un hombre diez o cien años acabará por separarse de la compañía de sus parientes al salir de este mundo.
Quien anhela la paz del ánimo ha de arrancar de su herida la flecha del disgusto, la queja y la lamentación.
Bendito será quien venza el dolor.
Sepulta tú a tu hijo.

Extenuada por el dolor sentóse Krishna Gotami al borde del camino, y puesta a meditar en el silencio del atardecer, se dijo:

— ¡Cuán egoísta soy en mi dolor! La muerte es el común destino de todo cuanto vive. Pero en este desolado valle hay un camino que conduce a la inmortalidad que elimina de sí todo egoísmo.
Y sofocando el egoísta amor que sentía por su hijo, lo enterró en el bosque, y luego fué a refugiarse en el Señor Buda y halló consuelo en el Dharma que alivia el corazón lacerado por el dolor.

CUENTOS SUFIS

El santo y el pecador

Idries Shah

Había una vez un derviche devoto que creía que su tarea era reprochar a aquellos que hacían cosas malvadas y ofrecerles pensamientos espirituales para que pudiesen encontrar el camino correcto. Sin embargo, lo que este derviche no sabía era que un maestro no es solamente aquel que dice a otros que deben hacer las cosas actuando a través de principios fijos. A menos que el maestro sepa exactamente cuál es la situación interna de cada estudiante, el maestro puede obtener el efecto contrario de lo que desea.

Sin embargo, este devoto encontró un día a un hombre que jugaba excesivamente y no sabía cómo curarse el mal hábito. El derviche se situó frente a la casa del jugador. Cada vez que le veía encaminarse a la casa de juego, el derviche ponía una piedra para marcar cada pecado en el montón que él estaba acumulando como recordatorio visible del mal.

Cada vez que el hombre salía, se sentía culpable. Cada vez que regresaba, veía otra piedra sobre el montón. Cada vez que añadía una piedra al montón, el devoto sentía enojo en contra del jugador y placer personal (del que decía era por el bien de “Dios” por haber registrado su pecado).

Este proceso duró veinte años. Cada vez que el jugador veía al devoto, se decía a sí mismo:

“Quisiera comprender el bien. Cómo trabaja este hombre santo por mi reden-